

El diccionario Grimm

EMILIO LORENZO

Universidad Complutense de Madrid

A la hora de ocuparme de este tema, me siento obligado a darles una explicación que a la vez debe servir de disculpa por la osadía, que no suelo practicar, de invadir con mis trabajos, terrenos perfectamente acotados para la labor de los especialistas que los frecuentan. Porque, en efecto, yo no soy un lexicógrafo, ni siquiera un lexicólogo. Lo que puede salvar mi intrusión ante quienes lo son es mi admiración por ellos. Y esta admiración es la que, sin saber cómo —yo soy el primer sorprendido— me ha inducido en el espacio de un año a enfrentarme, asombrado, cuatro veces con obras maestras de la lexicografía, aunque, obligado es decirlo, de muy distinta hechura y propósito. Estas tareas, que después de lo dicho difícilmente podrían calificarse de extraprofesionales, me han llevado, sin querer, a considerar de una manera global el panorama de la lexicografía reciente en las lenguas más familiares y sus afines. La primera consecuencia de este examen a vista de pájaro ha sido la comprobación de que la segunda mitad del presente siglo ofrece una proliferación de obras lexicográficas tal, que casi podría parangonarse —si no fuera superior— con la llamada explosión demográfica. Es como si los hombres, sobre las ruinas de la última conflagración mundial, hubieran decidido hacer inventario o arqueo de sus posesiones y se hubiesen percatado de que la más valiosa de éstas era la lengua.

El presente texto es el de la conferencia de clausura de la IV Semana de Estudios Germánicos (1985), actualizado en lo cronológico.

Para su publicación ha sido mínimamente retocado por el Consejo de Redacción de la revista, que quiere, al publicar la última intervención hasta el momento del fundador de la germanística madrileña en el primer número de nuestra nueva revista, rendir homenaje al maestro de todos nosotros.

Revista de Filología Alemana, 1, 169-180, Editorial Complutense, Madrid, 1993

Y no se nos objete que el diccionario de Grimm, como otros, sobre todo si son históricos y pretenden incorporar testimonios recientes del uso, estaba concluido o casi concluido. Estos diccionarios de gran envergadura, como el llamado de Oxford, o el Diccionario Histórico de la Lengua Española, ahora en su fascículo 20, si la electrónica u otra innovación de la técnica moderna no abrevia sustancialmente el período de elaboración, están destinados a justificarse simplemente por el empeño, aunque no se logre, y por el mismo proceso de elaboración que, a mi juicio, constituye el tipo de ejercicio intelectual selecto que, con otros semejantes, puede retardar el proceso degenerativo de una mente humana a la que tienden a darle todo resuelto, privándola de iniciativas y de capacidad de enfrentarse al reto de los problemas difícilmente solubles y de las situaciones imprevistas.

Pero no divaguemos. El estallar la guerra, nuestro diccionario no estaba ni mucho menos, concluido. Estaba, si se quiere, y para utilizar un símil manoseado de nuestros días, en la recta final. Pero en la recta final, como vemos en el telediario, pueden producirse caídas u otros percances que retrasan la llegada a la meta. Además, dicha recta final era más larga de lo que parecía y las lesiones y mermas que se advirtieron al enfrentarse con el organismo averiado afectaban a diversas partes del cuerpo. Resultó así que las partes incompletas —las mermas— requerían tratamiento de urgencia. Antes de la guerra, por ejemplo habían salido a la luz ya siete fascículos o entregas (Lieferungen) de la Z, lo cual parece plausible y explica por qué los tres restantes del volumen —mejor *parte*— XVI se publicaran entre 1951 y 1954. Pero quedaban rabos más importantes por desollar: de la V, y publicados 13 fascículos, faltaban también tres para formar un volumen (XII, de más de 1.350 páginas; de la G, una de las más corpulentas y, por tanto, más lenta y torpe en el avance, podía tenerse la impresión de que, por fin, tras haberse publicado el primer fascículo en 1872 y haber salido en 1935 el último volumen de los casi seis que abarca, se había llegado al fin. Hubiera sido una falsa impresión, pues todavía faltaban 21 fascículos y veintitrés años más para concluir en 1958, es decir, ochenta y seis años después de salir la primera entrega, siendo así la más abultada, si no representativa, de las partes naturales de que consta un diccionario alfabético. Y digo abultada por no decir hinchada, y no extensa, porque este adjetivo, en su grado superlativo, corresponde a la S, como sabe cualquiera que haya manejado un diccionario alemán. La S abarca 6.600 páginas (= 13.200 Spalten) frente a la G, con 5.500, de las cuales casi la mitad la constituyen voces que comienzan con GE- (prefijo o no). Pero había aún más letras por rematar. Faltaba por completar la S (ocho fascículos después de empezar la guerra, de ellos dos durante la contienda), la T (cinco, uno durante la guerra), la V (cuatro después de la guerra). La W, probablemente las más rezagada de todas, repartida en cuatro volúmenes, tenía pendientes 23 fascículos,

entre ellos los 10 del tomo XIV, I, II, concluido en tres años y aparecido en 1960, que fue el verdadero remate de la empresa anunciada mucho antes de que maduraran los primeros frutos en vida de los dos hermanos: fascículo I, 1 (Jacobó Grimm, 1852; vol. I; J. Grimm, 1854) y un siglo exacto después de completarse el vol. II en 1860, que el hermano menor, por su muerte, sólo vio parcialmente en fascículos, tras entregar su modesta contribución —la letra D.

¿Merecía verdaderamente la pena el prolongado y —suponemos— agotador esfuerzo? Un joven profesor de Munich, Gert Gaeithel, escribe un ensayo publicado en febrero de 1985 en la revista *MERKUR* con el título un tanto irónico de «Grimms märchenhaftes Wörterbuch», irónico si se tiene en cuenta el contenido, breve pero mordaz, de las cuatro páginas y media que dedica a glosar la aparición —un año antes— de la edición facsimilar. Si recordamos que pronto se cumplirá el siglo y medio de la *Entlassung* (cese), que se me antoja un siniestro eufemismo, de los dos hermanos, ya cumplidos los cincuenta, por decisión despótica del rey de Hannover, y de la aceptación de un encargo que sin carecer enteramente de apoyo público, iba a tardar en completarse ciento ocho años, parece pura petulancia destacar desde la perspectiva actual, como hace el Sr. Gaeithel, las muchas omisiones, excesos y vicios que se pueden advertir, sin esfuerzo, en cerca de 35.000 páginas de densa tipografía, impresas, a lo largo de más de un siglo, por tres o cuatro generaciones de tipógrafos. Pero fácil es también, en visión retrospectiva, comprobar la diligencia con que los dos hermanos, con la ayuda desinteresada que les prestaron docenas de auxiliares espontáneos de varia procedencia (Jacobó enumera 83), entre los que destaca Grimm una docena de profesores universitarios, unos cuantos predicadores y un largo resto de filólogos. Entre los laboriosos destaca con su nombre a los más laboriosos y también —no lo vamos a omitir— «den allerfleiszigsten und einsichtigsten musz ich nennen: es ist Klee» (de Dresde). Comprobada esta diligencia, que se manifiesta en la publicación de tres volúmenes de casi mil páginas antes de la muerte de Jacobó, fácil es, repetimos, acusar a los dos hermanos de precipitados y de irresponsables al haber admitido confiadamente muchos materiales deleznableos o sospechosos. Pero éstas son las injusticias de la falta de perspectiva y de escribir a fines del siglo XX con los 33 volúmenes de la obra, al fin acabada, alineados delante de una máquina de escribir con ordenador electrónico. Precisamente por esto, si el diccionario no tuviera méritos extraordinarios, deberíamos contemplar con orgullo esta coronación del esfuerzo de tantos abnegados redactores cuyos nombres nos constan gracias a las indicaciones que nos brinda el valioso volumen 33, y de otros muchos colaboradores sin nómina —en todos los sentidos— hoy olvidados.

Seamos realistas. La moderna lexicografía alemana ha sacado a la luz casi

simultáneamente, dos diccionarios de esta lengua*, uno en cada una de las dos repúblicas, que representan, en el fondo, dos concepciones de lo que debe incluir un diccionario moderno, pero que, en conjunto, en sus doce tomos —seis cada uno— parecen cubrir de sobra las necesidades del ciudadano culto normal. De uno y otro lado de la frontera política de las dos Alemanias se han señalado defectos obvios en ambas obras y otros, no tan obvios, que resultan disculpables cuando se los compara con la abrumadora compilación de datos, en uno, y la discreta, pero eficaz documentación de dos siglos, en otro. Pero si alguien cree que estos dos ambiciosos y, en general, bien logrados diccionarios hacen superfluo el de Grimm, está equivocado. Aunque soy más víctima que experto en materia editorial, me atrevo a vaticinarle a la obra una venta y difusión extraordinarias. Basta comprobar el rendimiento editorial del diccionario de Oxford —que no es exclusivamente el económico— o el del diccionario etimológico de Corominas, para anticipar que, si bien los dos magníficos diccionarios etimológicos alemanes de Kluge y Hermann Paul cumplen satisfactoriamente su misión inmediata, es decir, nos indican escuetamente de dónde viene una palabra, la gente en general no se conforma con eso y quiere más datos, más historia para hacer su poquito de etimología, para fantasear, en suma, para zambullirse sin guía de sabios y aburridos filólogos en las aguas refrescantes —a veces turbias, de los copiosos e inexplorados manantiales de las palabras. Acaso en este sentido, no explotado por el autor, habría que entender el irónico título del ensayo mencionado, título suscitado, sin duda, al establecer una legítima asociación entre los jóvenes colectores de cuentos y leyendas y los maduros y pertrechados filólogos de sus últimos años.

Tal vez estos resabios de juventud y la búsqueda —¿ecos de Herder?— de lo autóctono, lo auténtico, lo incontaminado, así como la seducción de los «tiempos medianeros» —como en su delicioso español de asterisco (del prólogo a los romances) dice Jacobo—; tal vez esta llamada, que nunca quiso desoir, de lo primitivo, es lo que llevó a Jacobo a cometer la, a mi juicio, más importante transgresión de sus proclamados objetivos, a saber, el rebasar hacia atrás en varios siglos los límites cronológicos por ellos establecidos al iniciar el proyecto. Y de la misma manera que Jacobo echaba en cara a su hermano el no haberse atendido a las reglas acordadas —minucias de viejo filólogo quisquilloso— igual podrían acusarle a él de propasarse —con razón, sin duda— en la documentación de usos. Porque no le bastó, fiel a su condición de cofundador de la gramática histórica comparada, con retrotraer la historia de una palabra a sus orígenes indoeuropeos,

* R. Klappenbach, W. Steinitz en la antigua DDR, y la editorial Duden en Mannheim.

aprovechando el testimonio de lenguas más o menos afines o emparentadas, como se suele hacer en todo buen diccionario etimológico, sino que, además, nunca pudo desprenderse de la densa erudición en que su obra maestra, la *Deutsche Grammatik*, le había envuelto. Exponente inmediato de esta predisposición es el arranque de la gran obra, las cuatro primeras columnas del *Deutsches Wörterbuch*, donde bajo el epígrafe A (sonido; en la 5.^o columna, palabra) encontramos toda una lección de ortografía, y fonética histórica, para explicar los usos y evolución del sonido, todo ello inundado con un sinfín de ejemplos que delatan al que formuló las primeras leyes fonéticas, intuidas, sin duda por Rask, pero expuestas primero por él con la coherencia e imprecisiones que todos conocemos. Ello era de esperar en un filólogo nato de formación enciclopédica como la de Grimm. Pero precisamente esta formación, que además de extensa era de rigor y solidez ejemplares, no invitaba a sospechar los repetidos excursos —incluso excursiones— en tiempos pretéritos no previamente acotados. Y así, lo que Guillermo supo respetar en cuanto a confines temporales del *corpus* Jacobo los transgredió una y otra vez, de suerte que sus citas esporádicas, aunque oportunas, tomadas de los *Nibelungos* o de *Parsifal*, se convirtieron, en la pluma de sus continuadores, en recurrencia frecuente y familiar a fuentes medievales más antiguas, como Otfried y Notker, o del alto alemán medio, como los pasajes del Walter von der Vogelweide, Hartmann von Aue, Wolfram von Eschenbach, Gottfried von Strassburg, etcétera.

¿Puede ser esto motivo de lamentaciones? Muy al contrario. Al usuario del «Grimm», como acabará llamándose exclusivamente el famoso diccionario, se le van a brindar una infinidad de sorpresas y goces inesperados, consecuencia todos ellos de este desarrollo imprevisto del proyecto. No digamos nada de lo que espera a los pseudoeruditos y pedantes que suelen frecuentar los diccionarios de citas, buscando alguna con que salpicar de sabiduría ajena lo que no da el propio caletre o su incultura. Yo creo que uno de los mejores servicios que prestaron a la magna empresa los primeros y espontáneos voluntarios —83 según queda dicho, computados por el propio Grimm— que colaboraron en el primer volumen, es probablemente la aportación de testimonios literarios escogidos para ilustrar los significados, desechando los dudosos o vulgares, así como la eliminación de mucha hojarasca que poco añade al perfil semántico de la palabra o a su evolución histórica. De esta manera se logró, no sólo un buen diccionario de citas, como acabamos de decir, sino también una provechosa antología literaria que representa el gusto variado de los colaboradores y, por supuesto, el del responsable principal, Jacobo Grimm, quien, a pesar de la variopinta muchedumbre de ayudantes, nunca soltó la rueda del timón para llevar la nave a buen puerto. Porque, justo es decirlo, los dos hermanos, cuya intervención no pasó

apenas del tomo III (Jacobó hizo fascículo y medio del IV), no sólo marcaron la pauta de lo que hasta el tomo 33 (*Quellenverzeichnis*), que ni siquiera planearon, se llama *Deutsches Wörterbuch von Jacob und Wilhelm Grimm*, sino que fueron también, por su control de la obra, que no se les fue de las manos, freno constante, ya que no para evitar excesos consumados, sí para amonestar a quienes los perpetraban o impedir su repetición.

Es fácil —insistimos una vez más— descubrir imperfecciones en una obra de tal envergadura. Un ilustre lingüista danés, Otto Jespersen, ha contribuido bastante, sin querer, a que muchos vean en nuestro autor la personificación del sabio pedante, puntilloso y a veces arrogante que abunda, por supuesto, más en Alemania por ser ésta tierra de sabios. Pero tal atribución es injusta, como al final de su semblanza, en la introducción de la obra *Language* (1922) tiene que reconocer el lingüista escandinavo. Ahora bien, en su disculpa cabe alegar que Jespersen adolecía, por razones obvias, durante casi toda su vida, de las consecuencias de un conflicto de lealtades. Por una parte, como danés, no le perdona a Grimm la gloria alcanzada por lo que él consideraba mérito de su compatriota, Rasmus Rask, como hemos señalado antes; por otra, no podía por menos de admirar el espíritu genuinamente humanista y cosmopolita de Jacobo cuando éste juzga la lengua de sus desvelos —el inglés— coincidiendo, mejor dicho, anticipando una de las tesis más defendidas por el autor de la monumental *English Grammar on Historical Principles*, a saber, la economía de expresión y la eficiencia de la lengua inglesa. Por otra parte, el mismo Grimm era consciente de las carencias y excesos de sus compatriotas, los sabios de entonces, como lo hubiera sido de algunos de los de ahora, empeñados en exhibir, como en un campeonato léxico, el inventario de más de 600.000 palabras compilado recientemente. Por el procedimiento de la composición, que Jacobo Grimm venía a considerar un recurso sintáctico más que morfológico, se podría llegar al millón y rebasarlo. Basta leer su juicio sobre Campe, furibundo purista y aficionado a «aclimatar» voces extranjeras inventando toda clase de neologismos, para imaginar lo que pensaría de algunas compilaciones modernas —culto a la cantidad— de dimensiones dictadas por exigencias mercantiles.

Se acusa también a Jacobo de otra pedantería, que sería la menos disculpable para las gentes de hoy: la de pretender definir las palabras primero con sus equivalentes latinos, si los hubiera. Ya él, saliendo al paso de las primeras objeciones y las que cabía esperar si mantenía ese propósito, da razones abundantes en el prólogo al tomo II —una de ellas, que se trata de un *Gelehrten-Wörterbuch* —para justificar, ya que no hacer enteramente plausible, su decisión. Por eso dice mucho a favor de la entereza o carácter de Guillermo, a quien se describe con frecuencia como comparsa dócil, a lo sumo discreto, del hermano mayor, su

resistencia a claudicar en este punto, así como a cumplir sistemáticamente lo acordado en cuanto al uso de signos de puntuación, pues donde Jacobo imponía el punto y coma, Guillermo optaba por el punto, lo cual se debía, según su hermano, a influencia del inglés. Y en pormenores de éstos Jacobo rara vez se equivocaba. Es ésta, como otras minucias intrascendentes donde Grimm no daba su brazo a torcer —lo que el prof. Juretschke ha llamado «el criterio doctrinario y obstinado de Jacob»— una de las causas de la prevención con que los críticos que analizan y valoran su obra, por muy predispuestos que estén al elogio, contemplan el conjunto de su producción. Nadie admite ahora, aunque los redactores sucesivos del *Deutsches Wörterbuch* las respetasen en su mayoría, las normas ortográficas —algunas francamente caprichosas— preconizadas por el «intransigente», dejémoslo en «obstinado», propulsor de la obra, tales como la eliminación de mayúsculas tras punto y en todos los sustantivos comunes, el uso de *sz* y el de ciertas ortografías ya entonces en desuso. Parece, sin embargo, vindicación póstuma de la posteridad al desairado Guillermo, ver cómo en tomos sucesivos se ha prescindido, cada vez más, de la equivalencia latina de los vocablos, sensata decisión si se tiene en cuenta que en su afán de incorporar lo más reciente, incluye el diccionario, ya en el vol. I (1854), citas de dos o tres años antes, igual que en el último publicado (1960) aparecen citas de 1958; esta premura en el registro de acepciones nuevas no sería compatible con la búsqueda reposada del término latino correspondiente que, en principio (Grimm se limitaba a definir el significado base de la voz alemana) no tendría por qué extenderse a acepciones derivadas fácilmente de la básica. ¿Cuál sería el equivalente latino de la despedida *auf Wiederhören!* definida como 'in neuer zeit grusz nach radiosendungen und telefongsprächen'?

¿Qué hay, en resumen, entre la *A* indoeuropea que sirve de base al primer artículo del Diccionario —inalterada o mutada en las series de palabras enumeradas por Jacobo Grimm en las columnas 1-4 del primer volumen—, y la columna 1640 —voz *wiking*— en el volumen 29, dedicado a Theodor Frings y aparecido en 1960?¹ Dado que en sus postrimerías, como el Rin, el *Grimm* tiene muchas desembocaduras —recuérdese que el 32 (= XVI) que concluye con el último artículo, ZYPRESSENZWEIG, se completó en 1954 —no es extraño que resulte aventurado hacer conjeturas sobre volúmenes aparecidos completos en el mismo año.

La respuesta a tan retórica pregunta puede parecer una perogrullada. Natu-

¹ No queda claro si el volumen 30, publicado en el mismo año, que termina en *Ysop*, teóricamente posterior (el 29 = XIV, I, 2; el 30 = XIV, II), fue el último publicado o el 29. El breve prólogo de éste (vide infra), nos inclina a favor del 29.

ralmente, entre la primera y la última página impresa de un diccionario acabado está todo el diccionario y este diccionario es, a nuestro juicio, una proeza difícilmente repetible, tan irreplicable que el deseo formulado en el prólogo del vol. 29, de que a la vez que último eslabón de la cadena —«*Schlussglied in der Kette seiner vielen Vorgänger*»— fuera este volumen «*ein Bindeglied hinüber zum neuen Anfang*» no se ha cumplido al cabo de veinticinco años, aunque sí, y eso debe subrayarse, hay que mencionar ese *Quellenverzeichnis* o vol. 33, de valor incalculable, ya que pone a disposición, en 1971, del usuario minucioso y desconfiado, la lista de 25.000 títulos y referencias que constituyen las fuentes utilizadas. Aun con la mejor disposición crítica a disculpar los fallos humanos, de los que no está libre ni el mismo Grimm, cabe imaginar que entre los primeros colaboradores habría gentes voluntariosas, sin experiencia en el manejo de textos antiguos, de fidelidad cuestionable al original —basta mencionar las ediciones de Lutero— y aun admitiendo que las citas aportadas fuesen fidedignas, quedaría por ver si se basaban en ediciones cuidadas y de garantía. Gracias a este valioso repertorio bibliográfico, el lector interesado puede comprobar por sí mismo la fuente citada y obrar en consecuencia. Incluye también este volumen 33 una tabla recordatoria de los principales redactores —cuaderno por cuaderno— del diccionario, así como una lista de abreviaturas que abarca las de Grimm y las utilizadas luego por sus seguidores. Para mayor precisión figura además otra tabla cronológica que indica el orden en que fueron apareciendo los distintos tomos y fascículos con expresión de los años, pero no de los meses, como queda señalado más arriba.

Llegados aquí, no es posible eludir la pregunta cardinal que se impone en la valoración global de una obra. ¿Qué significa el de Grimm con respecto a otros diccionarios históricos? Es difícil dar una respuesta acertada. Más o menos estamos acostumbrados a huir de las comparaciones, y cuando las hacemos solemos operar con términos de contraste afines. Es fácil, pues, comparar el Grimm con otros diccionarios alemanes; no lo es tanto, sin embargo, con empresas semejantes de otras lenguas. Entre las compilaciones léxicas de su misma lengua no tiene paralelo ni en cuanto a abundancia de datos, motivación científica y desinterés comercial o político. Fuera de Alemania, el primero que salta a la vista, a pesar de centrarse en otra lengua, es el de Oxford, cuyos doce volúmenes y los suplementos —al ocuparme del de Johnson, faltaba el último— no son sólo el fruto de cien años de un trabajo, menos ambicioso, en equipo, sino también de veinticinco años más de preparación y anteproyectos, sin olvidar la experiencia, por ajena no menos útil, de los primeros volúmenes del Grimm, puesto que antes de plantearse y discutirse la idea de un «nuevo» diccionario de la lengua inglesa en sesión de la Philological Society de 8 de diciembre de 1859 y designar una

comisión para elaborar un proyecto, ya hacía siete años que se había publicado el primer fascículo del *Deutsches Wörterbuch*, a cargo de Jacobo Grimm, y cinco que estaba en la calle el volumen I y seis fascículos de los siete que componen el II, donde ya intervino Guillermo; del volumen III, en fin, habían salido aquel mismo año los tres primeros cuadernos, es decir, aproximadamente la mitad de la E. Más o menos, sin necesidad de aceptarlo como modelo, pues sus primeros objetivos eran modestos, la citada Comisión pudo disponer, en el momento de constituirse, del equivalente de dos volúmenes de mil páginas cada uno para mera orientación. Pero cuando Murray, que fue quien dio el gran impulso al diccionario que todos conocemos, se hizo cargo del proyecto, la idea de un *Concise Dictionary*, acordado en 1862, estaba a punto de abandonarse. Esto ocurrió —la entrada de Murray— en 1875; el primer volumen apareció en 1884 y lo demás es historia conocida. Yo no puedo ocultar mi admiración por el diccionario de Oxford, aunque sólo fuera por haber tenido el honor de ser, y seguir siendo, el único miembro español, por lo menos en los últimos cuarenta años, de la *Philological Society*, impulsora y patrocinadora de la empresa; pero menos aún la oculto ante el brío y abnegación con que dos jóvenes ya cincuentones pusieron manos a la obra con una fe y entusiasmo impensable en quienes, tras alcanzar una posición al parecer estable, se ven desposeídos de repente de su empleo y forzados a ganarse el sustento en el campo, nunca por ellos cultivado, de la lexicografía. Y si mérito tiene el espíritu juvenil con que aceptaron el nuevo encargo, aunque no les quedara libre otra opción, más de admirar es acaso la dedicación y perseverancia con que hasta el umbral de su muerte hicieron avanzar esta su última gran empresa, en cuyo remate nunca pudieron siquiera soñar en vida.

Puestos a establecer comparaciones, no puedo menos de mencionar aquí los proyectos y logros españoles. Aunque nuestro primer lexicógrafo, Manuel Seco, enumera y analiza en una docena de publicaciones las más importantes aportaciones de nuestra lexicografía, incluida, con su modestia habitual, la suya, debe ser alguien ajeno al magno proyecto de *Diccionario Histórico de la Lengua Española*, como yo, quien proclame una y otra vez que es ésa la más ambiciosa y sería iniciativa editorial en nuestro idioma del presente siglo. Recogiendo las ricas experiencias de estos «decenios lexicológicos» que estamos viviendo, lleva camino la obra, bajo la dirección de nuestro joven y entregado académico, de superar a todas las existentes en cuanto al período de tiempo abarcado (desde principios del siglo X hasta hoy). No ha sido inútil, pues —me consta por haberlo comentado con el propio Manuel Seco—, el empeño de los Grimm, modelo y orgullo para sus compatriotas, ejemplo digno de imitación por otras comunidades lingüísticas. Resulta, por tanto, oportuno traer aquí las últimas líneas del gran prólogo —marzo de 1854— a toda la obra, donde casi a título personal —des-

cartando en la primera página a Guillermo con el débil pretexto de que no hay dual en alemán para hablar en nombre de los dos— nos expone la génesis, los objetivos, los antecedentes y los criterios ortográficos, y deja constancia de las ayudas recibidas. La última frase del párrafo, contra lo que aseguran quienes le acusan de arrogancia, aunque precedida de un exaltado llamamiento al patriotismo de sus paisanos, tiene especial interés para ingleses y españoles por destacar la pervivencia de sus lenguas como vínculo permanente de unidad cultural —especialmente literario— entre los dos continentes, el viejo y el nuevo:

«... Deutsche geliebte landsleute, welches reichs, welches glauben ihr seiet, tretet ein die euch allen aufgethane halle eurer angestammten, uralten sprache, lernet und hailiget sie und haltet an ihr, eure volkskraft und dauer hängt an ihr. noch reicht sie über den Rhein in das Elsass bis nach Lothringen, über den Eider tief in SchleswigHolstein, am ostseegestade bis nach Riga und Reval, jenseits der Karpathen in Siebenbürgens altdakisches gebiet. Auch zu euch, ihr ausgewanderten Deutschen, über das salzige meer gelangen wird das buch und euch wehmütige, liebliche gedanken an die heimatssprache eingehen oder befestigen, mit der ihr zugleich unsere und euere dichter hinüber zieht, wie die englischen und spanischen in Amerika ewig fortleben.

Berlin 2. merz, 1854 Jacob Grimm

El párrafo merece la cita completa y fiel, pues es susceptible, desligado del complejo contexto histórico en que le tocó vivir a su autor, de tergiversarse con fines polémicos y presentarse como antecedente de algunas de las más tristes aberraciones del nazismo. Después de leído en extracto como conclusión del texto precedente en la lección de clausura de la Semana dedicada a conmemorar el centenario del nacimiento de los hermanos Grimm en nuestra Facultad de Filología, tuve ocasión de consultar con detenimiento el libro de Alan Kirkness *Geschichte des deutschen Wörterbuchs 1838-1863*. Stuttgart, 1980, de que ya tenía noticia gracias a la indicación de Hans Jurtschke, quien luego ha puesto amablemente a mi disposición el ejemplar existente en la biblioteca de la Sociedad Goerres. No hay que avanzar muy lejos en la lectura de este documentadísimo estudio —casi 30 páginas en 4.^o mayor— para toparse (p. 3) con la encendida polémica iniciada, ya en 1952, por el que iba a ser nuestro primer lector de alemán en la recién creada especialidad universitaria de Germanística, el entonces joven y recién graduado discípulo de E.R. Curtius Walter Boehlich. Aunque extrovertido y un tanto exaltado iconoclasta —cf. otra polémica posterior frente a Moser por su pasividad en el despojo del doctorado honorífico de Thomas Mann— durante su estancia entre nosotros nunca aludió al alboroto levantado con su artículo de *Merkur* (1952), dando al parecer el asunto por zanjado. El diccionario de Grimm, cuando todavía faltaban ocho años para su conclusión y se cumplía

el primer siglo de la aparición del primer fascículo, ¿debía conmemorarse como *Säkularfeier* o como *Säkulartrauer*? (así rezaba el título), es decir, ¿como jubileo o como funeral? Huelga decir por cuál alternativa se inclinaba nuestro nada conformista amigo. Por eso, no es de extrañar que, vuelto de España y aprovechando, más maduro y pertrechado, la aparición del último volumen del diccionario —el 29 o el 30, como queda dicho—, reanude la controversia en 1961 frente a dos contrincantes, Theodor Kochs y Hans Neumann, redactores de los últimos fascículos del diccionario, aquél desde los años 30 hasta 1960, H. Neumann hasta 1949 según las tablas de redactores del vol. 33. No vamos a entrar en los pormenores de un debate que se nos antoja un poco bizantino y que, interviniendo W. Boehlich, adquiere justificadamente resonancias político-históricas susceptibles de distorsión en el calor de la polémica, y por tanto, presa fácil para sus adversarios. Incluso el compilador de esta documentación, Alan Kirkness, cauto en sus juicios, no puede menos de acusarle de generalizaciones y juicios globales que, dadas las dimensiones de la obra y la diversidad de criterios mantenidos por tres o cuatro generaciones de directores y redactores, resultan absolutamente inadmisibles, aunque sólo tengamos en cuenta la falta de uniformidad externa. Se apoya para esta opinión en las propias palabras de Boehlich: «Die Artikel selbst sind so verschiedenartig, dass gemeinsames Lob und gemeinsame Kritik fehl am Platz wäre». El centro de la discusión, en las páginas de Kirkness, parece residir en unas frases algo equívocas de J. Grimm (73 años) en una carta de 1858 a Georg Waitz, que algunos interpretan como «revolucionarias» y otros como Boehlich, tienen por conservadoras y refuerzan la imagen del Jacobo Grimm nacionalista que pretende dibujar.

Sería un abuso por mi parte comentar ahora todos los valiosos datos aportados por Kirkness a la historia del diccionario, que merecerían detenido estudio y reflexión. Pero resultaba inevitable, para mí, por mi trayectoria profesional, glosar de algún modo ese párrafo significativo del famoso prólogo donde no asoma, ni mucho menos, el *Minderwertigkeit's Gefühl* mencionado en la polémica, sino una romántica aspiración de amante de la lengua que le ha llenado la mayor parte de su vida, como casi un siglo después, desde Dinamarca, iba a sentirla Otto Jespersen. Que una de las dos lenguas parangonadas sea el español, en el cual redactó en 1912 el prólogo a la *Silva de romances viejos*, fechado en «Cassel en Hassia», y que el iniciador de la famosa y ya olvidada, —¿o no?— polémica fuera en tiempos heroicos de esta especialidad lector en Madrid, han sido coincidencias que hemos aprovechado con agrado.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

La obra fundamental, por recoger todas las fuentes hasta la muerte de Jacob Grimm, es el volumen ya citado de,

Kirkness, Alan: *Geschichte des deutschen Wörterbuchs*. 1838-1863... Mit einem Beitrag von Ludwig Denecke. Stuttgart, S. Hirzel Verlag, 1980.

Deutsches Wörterbuch von Jacob und Wilhelm Grimm... Fotomechanischer Nachdruck der Erstausgabe... München, 1984. 33 volúmenes (el último, con la misma presentación que los 32 anteriores) consta como «herausgegeben von der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Berlin in Zusammenarbeit mit der Deutschen Akademie der Wissenschaften zu Göttingen».

Juretschke, Hans: *Semblanza espiritual de los hermanos Grimm: Relación y penetración en el mundo hispánico* (texto inédito de la conferencia pronunciada por el autor en la apertura de la IV Semana de Estudios Germánicos, el 5 de noviembre de 1985).

Tenemos en cuenta las semblanzas de los Grimm, en especial Jacobo, recogidas en el vol. I de *Portraits of Linguists*, compilado por Th. Sebeok (Indiana, Bloomington, 1966). Los textos de las semblanzas, que se reproducen en alemán, se deben a W. Scherer y Th. Benfey; de Otto Jespersen se ofrecen los pasajes pertinentes de la introducción de su obra *Language*.

Los datos que se refieren a la edición de la *silva de romances viejos* (sic), prologada en 1812, pero no publicada hasta 1831, «en Vienna de Austria en casa de Schmidt», los he tomado del ejemplar de la biblioteca Goerres, de Madrid, que su director hizo circular entre el público durante su disertación. Por cierto que esta edición aparece dedicada a Jacobo (y no José) Goerres —exactamente Görres— «Director de los estudios generales en la provincia del Reno medio» por el «editor para testificar su buena voluntad».

Un comentario de siete folios sobre este tema, pero de orientación divulgadora, se publicó en el diario *ABC*, sábado cultural, el día 22 de febrero de 1985, anticipando en dos días el II centenario del nacimiento de Guillermo.

De la interpretación, acertada o errónea, de estos materiales sólo es responsable el firmante.